

Milagros Zatarain, en Cajamadrid

La personal cotidianeidad

El diálogo de Milagros Zatarain Goya con la pintura, iniciado en su temprana adolescencia, se ha proseguido con altibajos hasta 1980, en que inicia una etapa de más entregada dedicación.

Con frecuencia, algunos de los más importantes cultivadores del arte han comenzado su verdadera actividad a una edad en que la mayoría de los artistas llevan bastantes años trabajando. Estas decisiones aparentemente tardías en el aceptar esa vocación suelen ser más firmes y dar importantes frutos. Conocidos son los casos de Gauguin y de Dubuffet. Particularmente soy amigo de Longino Martínez, y admirador de su importante obra escultórica, que no iniciara hasta alrededor de los cincuenta años.

Milagros Zatarain nació en 1937. Y aunque cuenta con algún galardón y ha mantenido cierta actividad a lo largo de los años, es desde 1980 cuando su vocación está asentada en la firmeza. Ha participado en certámenes y en alguna muestra colectiva. Tiene realizada otra exposición individual, pero es con la actual cuando muestra su obra más abiertamente. Y lo que enseña es suficiente para depositar una amplia confianza en su porvenir. La exposición, que tiene altibajos y las señales de sus admiraciones personales, tiene, sobre todo, el acento de la sinceridad, que se expresa con una técnica suelta, llena de gracia y con un clima propio. Sus colores suaves están armonizados con un gran acierto, comunicando el tono de la intimidad, el deslumbramiento ante la belleza de cielos, campos, de la luz impregnando a los objetos. Y en los momentos que parece olvidarse de los modelos ideales



surgen composiciones llenas de originalidad y de gracia, que son auténticos buenos momentos de la pintura.

Su camino está en la expresión de su personal cotidianeidad, utilizando ese lenguaje que se corresponde consigo misma y con el que ha realizado los mejores cuadros de la exposición.

Cajamadrid. Plaza Aragón, 4. Hasta el 24 de marzo.